



EL TREN DE LA ABUNDANCIA

El espíritu del personaje de la historia, minutos antes de encarnar en el plano humano...

Osiris los saludó a todos y con una cuota de nostalgia en su ser ingresó por el tubo de la encarnación y se materializó en el plano terrestre.

Todos los ángeles esperaban con alegría la nueva vida de Osiris. Como siempre, serían como una especie de telespectadores de una película que estaba a punto de comenzar. Esta vez fue el propio Ángel de la Victoria quien levantó la mano en esa reunión cósmica para decir:

—Esta nueva encarnación la llamaré: “El tren de la Abundancia, el desplazamiento hacia una nueva realidad”.

Todos vibraron con esa energía y asintieron felizmente desde el velo angelical. Estaban a punto de presenciar la última experiencia, la última encarnación de un ángel que se había convertido en ser humano y había cambiado el curso de la historia para toda la eternidad.

El tren de la Abundancia

(El desplazamiento hacia una nueva realidad)

Osiris encarnó en la piel de Ernesto. Nació en una familia tan pobre que a una temprana edad tuvo que dejar la escuela para comenzar a trabajar. El dinero que su madre y su padre traían a casa con muchísimo esfuerzo no era suficiente para criar a sus cinco hijos, que incluían tres mujeres y dos varones. Ernesto, al igual que sus otros dos hermanos mayores, tuvo que comenzar a aportar dinero para mantener a la familia.



Ernesto trabajó desde los 14 años. Consiguió trabajo de leñador. Era una tarea muy pesada y exigente en cuanto a cargas horarias. Su servicio consistía principalmente en cortar y recoger leña para luego entregársela a su superior que se encargaba de venderla a empresas multinacionales.

Ernesto trabajó de leñador casi toda su vida. A la edad de 23 años conoció a una hermosa mujer de la cual se enamoró perdidamente, y al poco tiempo se casaron. El joven leñador dejó la casa de sus padres para formar su propia familia.

Ernesto continuaba el mandato y registro de su ADN interdimensional. Apenas podían sobrevivir con su trabajo y el de su mujer. Tuvieron dos hijos y decidieron no tener más porque no tenían el dinero suficiente para alimentarlos. A pesar de trabajar hasta extensas horas de la noche, no lograban prosperar.

Ernesto vivía muy sometido e intranquilo con respecto a su abundancia en este mundo. Trabajaba en las afueras de la ciudad y tomaba todos los días un tren que lo transportaba desde su casa al trabajo.

Ernesto salía de su casa muy temprano en la mañana y regresaba muy tarde por la noche. No tenía tiempo para descansar ni para estar con su familia y estaba agobiado de tantos años de trabajo, explotación y poca remuneración por sus servicios prestados.

Un día el leñador comenzó a preguntarse acerca de la abundancia... pensaba y reflexionaba sobre el significado de esta palabra... tenía vagas ideas sobre esta energía. Llegó un momento en que Ernesto ya casi no se podía levantar de la cama por el estrés que cargaba en sus hombros, producto de tantos años de trabajo. Su cuerpo había despertado una gran batalla, sus defensas estaban bajas y casi no tenía energía para trabajar. Sin embargo, debía tomar coraje y no faltar ni un solo día al trabajo ya que en su ciudad había una escasez tan grande de empleos que



si lo hacía, corría el riesgo de que ocupasen su vacante con algunos de los cientos de postulantes que había.

El leñador se encontró un día viajando en el tren que lo transportaba diariamente hacia la gran ciudad donde trabajaba. El momento de crisis que estaba atravesando era tan grande, que lo hizo reflexionar acerca de las circunstancias de la vida. “¿Realmente he venido solo a esto y nada más?”, pensó y se preguntó si solo había nacido en este planeta para tener que trabajar, trabajar y trabajar. “¿La vida es solamente esto que vemos y tocamos en este momento? ¿Existe la abundancia o es solo una ilusión o una fábula que la sociedad ha inventado con el fin de autoconvencerse para alcanzar algo que en realidad no existe? ¿Hay algún ser humano que conozca realmente la abundancia? ¿Cómo será?... eran algunas de las preguntas que emergían de la conciencia de Ernesto en ese momento.

Reflexionó acerca de su propia vida y se dio cuenta de que su experiencia diaria era una cárcel en la que personas como él sufrían un castigo que de alguna manera debían padecer para toda la vida. En ese momento pensó si estas ideas eran realmente correctas, pues ya no lograba discernir cuál era el límite entre sus emociones y sus pensamientos negativos y la realidad.

Todas estas reflexiones tuvieron que terminar ya que el conductor del tren en el que viajaba anunció su parada. Como todos los días, llegaba a la estación en la que le tocaba descender a él. El leñador bajó del tren y se dirigió a su trabajo. Cabizbajo fue caminando hacia aquel lugar para encontrarse nuevamente con la misma realidad y experiencia de siempre: un duro trabajo de carga, poco descanso, mucha concentración, poca remuneración y demasiada presión por la poca oferta laboral y la alta demanda de ese tipo de empleos.

Ese día llegó su supervisor con una buena noticia para él y los demás trabajadores. Les informó que podían tomarse el día libre ya que la materia prima para la tarea de ese momento no había podido llegar aún desde otra ciudad vecina hasta esa



localidad por el atasco en la ruta. El leñador pareció no alegrarse tanto ya que al día siguiente lo esperaba nuevamente la misma realidad. A pesar de ser un respiro temporal, él sabía que el alivio no era permanente, así que no le causaba ni el más mínimo regocijo interior saber que al menos ese día tendría un momento para descansar.

El leñador se quedó sentado mirando su lugar de trabajo, aquel que visitaba a diario y jamás se había detenido a observar con detenimiento. Observó todo el contexto, los sectores donde pasaba la mayor parte de su tiempo, de lunes a sábado durante casi todo el año. Apenas tenía cinco días de vacaciones durante la temporada baja y tenía que trabajar los días feriados.

Sus compañeros de trabajo interrumpieron sus pensamientos invitándolo a salir para disfrutar el día de descanso. El leñador les contestó que prefería quedarse allí tranquilo y reflexionar un poco sobre su vida. Se lo veía serio, pensativo y preocupado. Sus compañeros de trabajo se rieron a carcajadas y le dijeron: “¡No lo interrumpen que va a reflexionar sobre su propia vida!”. Ernesto casi no prestaba atención a las palabras de ellos, ya que su enfoque y dirección en ese instante estaban destinados a reflexionar sobre su problemática actual. Él carecía de abundancia, ni siquiera la conocía ni sabía si existía realmente, vivía atado y era esclavo de su trabajo, ganaba poco dinero que solo le servía para satisfacer las cosas de uso personal, dar de comer a su esposa e hijos y pagar los gastos básicos de la familia.

Sus compañeros de trabajo se marcharon y el leñador se quedó sentado sobre el césped observando todo ese espacio. Ernesto miró hacia el cielo y pidió ayuda. Habló con una energía superior y pidió claridad para lo que estaba aconteciendo en su vida. Luego de pensar, reflexionar y meditar sobre su conflicto, se levantó y caminó hacia la estación del tren que lo transportaba del trabajo a su casa y de su casa al trabajo.



Llegó a la estación y fue sorprendido por una mala noticia: el tren que tomaba estaba averiado, había dejado de circular hacía apenas unas horas. Esto llamó mucho la atención del leñador ya que el tren nunca se descomponía... también le sorprendió que hubiera tan poca gente en la estación, pues se imaginó que con el tren sin funcionar se acumularían cientos de personas esperando una digna solución por parte de la empresa ferroviaria. La poca gente que veía llegar, algunas caras conocidas de compañeros de trabajo y otras que él no conocía, ingresaban en la estación y salían de allí en búsqueda de alguna otra opción para poder viajar. Algunas personas se dirigían hacia otro sector de la estación.

El leñador se acercó a una ventanilla para preguntarle al encargado de la venta de pasajes qué había sucedido con el tren y por qué había tan poco movimiento de gente en el lugar. Él se preguntaba dónde estaban todos y por qué nadie protestaba o pedía una explicación.

El señor de la ventanilla le respondió:

—Señor, la gente está tomando el otro tren que brinda el mismo servicio hacia la ciudad en la que usted vive, ese tren funciona con normalidad como siempre.

El leñador quedó asombrado e inmediatamente pensó: “¿El tren que funciona con normalidad como siempre? ¿De qué tren me está hablando?”. La situación le estaba mostrando que había otro tren que él jamás había registrado, ya que siempre tomaba el mismo. Luego de meditar unos segundos pensó: “¿Existe otro tren y nunca lo he visto? ¿Cómo es posible que eso llegue a ser verdad?”. Ernesto miró al señor de la ventanilla a los ojos y le preguntó:

—¿Hay otro tren además del que está averiado que me lleva a la ciudad? ¿O esto que usted me está diciendo es una broma para ilusionarme, pasar un buen momento divirtiéndose conmigo y riéndose de mí por ser tan inocente y creerle?



El leñador estaba a la defensiva y enojado, pensaba que si eso llegaba a ser verdad había vivido muchos años ignorando ese otro tren. “¡Tantos años yendo y viniendo de esta estación sin darme cuenta de que había otro tren que me transportaba hacia la gran ciudad! Eso es casi imposible, debe tratarse de una broma”, pensó.

El señor de la ventanilla le dijo:

—Mire usted qué casualidad, hoy es su día de suerte —dijo señalando con el dedo índice hacia la plataforma por la que estaba llegando el tren a la estación.

El leñador estaba asombrado. Lo miró detenidamente dándose cuenta de que se trataba de un tren que él ya había visualizado en la estación y que conocía debido al tiempo que llevaba viajando. Entonces le dijo:

—Señor, usted está bromeando, ese es el tren que transporta a los habitantes de la parte rica de la ciudad; yo me dirijo al oeste, a la parte más pobre, ese tren ni siquiera pasa por la estación de mi barrio.

Elevando el tono de voz y más enojado que antes continuó:

—Si usted pretendía ilusionarme y burlarse de mí, lo ha logrado y si su deseo era hacerme sentir mal, permítame decirle que también ha logrado su cometido. Usted es una mala persona, no comprendo por qué le puede resultar gracioso el burlarse de un trabajador como yo, haciéndome ilusionar con la idea de que ese tren nuevo y lujoso me llevará hasta mi casa en la ciudad.

El leñador hablaba entrecortado, con una voz cargada de lágrimas y tristeza. Era evidente que en esa voz había muchos años de sobrecarga, de llanto y de rencor acumulados. La situación lo había superado ampliamente y casi no podía contener las lágrimas que caían involuntariamente y le permitían desahogarse



después de muchos años.

El señor de la ventanilla lo miró con mucho amor y paz en su semblante, y con un ritmo lento en su voz le dijo:

—Señor, por favor permítame explicarle. Eso que usted piensa y dice no es verdad, tiene que creer lo que le estoy diciendo. Usted puede tomar ese tren que lo llevará a la ciudad y a su hogar.

El leñador miró hacia aquel tren en el momento preciso cuando se estaba deteniendo y sus puertas comenzaban a abrirse. La gente descendió y se percató de un detalle muy interesante: todas las personas que bajaban del tren eran seres humanos como él. Durante todos esos años que llevaba viajando desde esa estación, había guardado un registro de que en ese tren iban personas de clase alta intocables, seres de otra especie. Había guardado un concepto equivocado o, a decir verdad, él no se sentía un ser humano como cualquier otro. En ese momento se detuvo a observar la placa que se vislumbraba a lo lejos y marcaba el recorrido del tren; el circuito mostraba claramente que este lo transportaba hacia la zona oeste de la ciudad y lo dejaba a dos cuadras de su casa, al igual que el otro tren. El leñador se fregó los ojos con sus manos para asegurarse de que eso que estaba viendo era real. ¡Y sí lo era! No podía creer haber viajado tantos años desde esa estación y jamás haber imaginado que ese tren también lo transportaba hacia su hogar. Pensó cómo era que se le había pasado por alto ese gran detalle. ¿Por qué nunca había preguntado por aquel tren? ¿Qué lo mantuvo tan nublado y alejado de conocer esa realidad que permaneció allí a su lado durante tanto tiempo?

Ernesto comenzó a reflexionar y a darse cuenta de que no codificaba ese otro tren debido al prejujuamiento que el ya había formado en su interior. Al ver que ese tren era muy nuevo y lindo, pensó que solo iba hacia la zona más rica de la ciudad y que solo podía tomarlo cierta clase de gente que por supuesto no lo incluía a él.



En ese mismo momento pensó que seguramente el pasaje costaba mucho más debido al lujo de sus butacas, la iluminación y todo lo que lo distanciaba del viejo tren, sin butacas donde descansar y transitar un cálido viaje.

Un sentimiento negativo invadió su ser y se dijo que ese tren debía ser carísimo y seguramente él no podía pagar el boleto. Recordó el poco dinero que llevaba en su bolsillo y concluyó que no podría pagar y tendría que pasar toda la noche en la estación, hasta que al día siguiente por la mañana el viejo tren volviera a brindar su servicio hasta la zona oeste de la ciudad.

El leñador dio casi por sentado que el pasaje le saldría mucho más caro, de manera que la ilusión que se había despertado en un principio bajó de intensidad y comenzó a pensar en buscar un lugar dónde dormir esa noche. Perfiló su mirada hacia los asientos de espera en la estación y dio unos pasos hacia allí, girando su cuerpo y dándole la espalda a la ventanilla de la venta de pasajes. Una voz en su conciencia le dijo en ese momento que no tenía nada que perder, que era mejor sacarse la duda de cuánto costaba el pasaje para viajar en ese tren nuevo. El leñador volvió a girar su cuerpo, esta vez dando la espalda a los asientos de espera y mirando de frente al señor en la ventanilla, y dijo:

—Mire, ahora sé que es verdad que este tren va hacia la zona oeste de la ciudad, pero siento de todas maneras que no podré tomarlo ya que poseo poco dinero en mi bolsillo. Si tuviera más dinero tampoco podría gastarlo, ya que tengo lo justo para poder llegar a fin de mes. Seguramente el pasaje de este tren cuesta al menos el doble o el triple que el del otro tren.

El leñador se sentía derrotado y sacó sus conclusiones antes de escuchar al señor de la ventanilla. Continuó diciendo:

—Si no le molesta, me quedaré en los asientos de espera durante toda la noche hasta mañana cuando el otro tren inicie nuevamente su servicio.



El señor de la ventanilla lo miró a los ojos con una cara que expresaba desconcierto, no comprendía lo que esta persona sentía. Le dijo:

—Señor, me parece que usted es muy poco optimista. Este tren tiene el mismo costo que el otro. No comprendo por qué presupone las cosas antes de tiempo, y generalmente son erradas.

Con un tono más cortante que antes continuó:

—Decida qué hará, el tren está por salir en unos momentos. ¿Tomará este nuevo tren o prefiere esperar sin motivo válido el tren que hoy se encuentra averiado? Defínase para saber si le vendo o no su pasaje.

Ernesto sintió que debía apurarse a tomar una decisión. A pesar de que sabía que ese tren tenía el mismo costo y lo llevaba hacia su ciudad, al igual que el otro, había algo que no lo dejaba comprender y creer del todo en lo que estaba viviendo. Era como si una nueva realidad se le revelara en ese momento, la cual había ignorado durante mucho tiempo, y debía tomar una decisión. Otra serie de pensamientos interrumpió su discernimiento: “¿Cómo es posible que ambos trenes, aquel en el que viajé toda mi vida y este nuevo que descubro ahora, hayan convivido en el mismo lugar y yo no me haya dado cuenta? ¿Cómo puede ser que hayan coexistido en el mismo lugar tanto tiempo y las personas sigan viajando en el tren viejo como lo he hecho yo hasta este momento? ¡No es posible! El viejo tren debería haberse fundido hace años, ya que conociendo este nuevo todos viajaríamos en él. ¿Por qué todos los que viajamos en el viejo tren desconocemos la existencia de este nuevo? Si todos supieran de la existencia de este nuevo tren, sin dudas viajarían en él. ¿Por qué hay gente que continúa viajando en el viejo tren? ¿Acaso no se han dado cuenta (como me sucedía a mí) de que existe este nuevo tren que también nos transporta hacia el mismo lugar? ¿Será que, al igual que yo, piensan que ese nuevo tren solo transporta a un tipo de personas y los



lleva solamente hacia la zona rica de la ciudad? Y si fuera así, ¿por qué nadie nos ha comunicado que existe este nuevo tren donde podemos viajar hacia nuestro hogar de una forma mucho más agradable, cómoda y digna? ¿Por qué nadie nos ha informado antes que podemos viajar de mejor manera con todo lo necesario para vivir una experiencia cálida hasta llegar a nuestro hogar?

Todos estos eran los pensamientos que emergían de la conciencia del leñador... Tenía muchas emociones juntas y estaba conmocionado por la situación, al pensar en todos los años que había viajado de manera incómoda aunque tenía la posibilidad, a apenas unos metros de distancia, de viajar de una forma mucho más equilibrada. Poco a poco, fue tomando conciencia y se tranquilizó, conociendo ahora la nueva posibilidad dentro de la misma estación que conocía como la palma de su mano, ya que la había transitado una y otra vez desde su hogar al trabajo y el trabajo a su hogar. Lo que nunca había imaginado era que, en ese mismo lugar que tanto conocía, coexistían dos realidades completamente diferentes.

Luego de reflexionar, preguntarse todas estas cosas y acomodar sus emociones, el leñador miró al señor de la ventanilla y le dijo:

—Está bien señor, véndame un pasaje, hoy me subiré al nuevo tren en mi viaje de regreso a casa.

El señor de la ventanilla le dio una sonrisa de alegría, demostrándole que lo felicitaba y estaba muy contento por la decisión tomada. Luego tomó el talonario de pasajes, cortó el que le daría al leñador y se lo entregó en la mano. En ese momento, Ernesto pudo notar que el talonario se encontraba casi lleno, había muy pocos pasajes vendidos, pero no se detuvo en más detalles. El señor de la ventanilla lo miró a los ojos y le dijo:

—Le deseó un feliz viaje de regreso a su hogar.



Ernesto le agradeció. Estaba ilusionado, tan feliz como un niño. Solo podía pensar en lo placentero que sería ahora su regreso a la ciudad.

Luego de todo lo sucedido ese día, de la conmoción emocional que había vivido en ese momento al darse cuenta de algo tan importante que había ignorado todos esos años, el leñador caminó con un ritmo de felicidad en sus ojos y miró hacia la plataforma desde donde saldría el nuevo tren. Conforme se acercaba hacia la plataforma, pudo observar más de cerca los detalles. Antes lo observaba desde muy lejos, y no veían esos detalles que ahora disfrutaba estando tan cerca y dentro de esa nueva realidad. Ahora sentía, miraba y estaba dentro de esa plataforma, antes solo la observaba desde afuera suponiendo lo que podía llegar a sentir dentro de ella. Ahora todo era diferente porque podía vivir la experiencia desde adentro y sentirla con todo su ser.

La plataforma tenía mucha luz, se percibía un aire más fluido y liviano en ella. Allí estaba el tren esperando a sus pasajeros, listo para ponerse en marcha y salir. El leñador ingresó por la puerta y eligió un lugar donde sentarse. No había demasiadas personas. Los asientos eran cómodos, limpios, agradables. La luz, el clima, el aire eran perfectos... todo lucía en perfecta armonía. Poco a poco iba sintiendo la nueva atmósfera del lugar y se daba cuenta de que interiormente algo estaba cambiando, ya no era el mismo dentro de aquella realidad que se manifestaba poco a poco en su vida. Ya no era el mismo dentro de aquel tren, algo había cambiado...

Ernesto pensó en todos esos años que llevaba viajando en el viejo tren, desconociendo completamente el nuevo. Pensó en todas las personas que diariamente viajaban junto a él en el antiguo tren y se dijo que al día siguiente por la mañana tomaría nuevamente el viejo tren para contarles a sus compañeros de viaje lo que se estaban perdiendo en ese tren tan incómodo. El tren en el que ahora estaba anunció su partida, cerró sus puertas y comenzó a andar. Apenas se



sentía el movimiento, era un transporte tan bueno que sus amortiguadores generaban un perfecto equilibrio para que sus pasajeros no lo sintiesen. Este efecto generaba que la gente que viajaba en su interior pudiese desplazarse de un lugar a otro sin necesidad de ir sosteniéndose de las barandas y con la sensación de estar flotando en medio de la ruta pero pegados a la tierra... la sensación de estar volando por el espacio.

Los pasajeros iban y venían ya que podían estar de pie o caminar de un lado a otro con mucha libertad y soltura. Esto era algo que no podían ni siquiera imaginar hacer los viajeros del otro tren donde debían ir bien sostenidos con sus manos en las barandas, ya que los movimientos que realizaba eran muy bruscos. Usualmente los pasajeros sufrían golpes y debían sujetarse fuertemente para no caerse al piso y lastimarse. El problema radicaba en que si no se sujetaban lo suficiente, podían golpearse ellos mismos y hacer que los demás pasajeros también se lastimasen. Esto sucedía por la simple razón de que iban tan apretados en los vagones que, si uno de movía de lugar, hacía que toda la masa de gente se movilizara también con ese impacto.

Los viajeros del viejo tren ya estaban acostumbrados. A pesar de tanta incomodidad, habían logrado naturalizar la situación. De alguna manera sus cuerpos ya estaban acostumbrados a la situación. Todos los que viajaban en aquel viejo tren habían desarrollado una fuerza sobreprotectora, como una coraza que los cuidaba de los fuertes movimientos. Las manos de todas las personas tenían callos que se producían por tener que ir sujetos a las barandas durante todo el viaje. Los callos eran como una capa protectora que generaba la piel luego de un extenso tiempo de exposición en una posición determinada. Se generaba una piel dura y áspera que cubría el interior de la piel blanda y suave. Así sus manos se protegían para no ser lastimadas y la cáscara protectora las cubría para que no sintieran dolor. Lo mismo sucedía con la tensión que sufrían en los pies y en todo el cuerpo. Al tener que viajar con tanto movimiento, sin saber en qué momento habría un brusco impacto, debían desarrollar una parada aparentemente firme



para no caer. Sus cuerpos viajaban rígidos, protegidos por cualquier movimiento o situación imprevista que pudiera suceder. Los viajeros de ese tren ya estaban acostumbrados a ello, estaban tan familiarizados con la situación que ya ni siquiera recordaban cómo era viajar de otra manera. No concebían ni conocían otra realidad más que esa. Para ellos el viaje consistía en aquello que conocían, podían ver y experimentaban a diario desde sus casas al trabajo y el trabajo a sus casas.

Ernesto continuaba pensando en todos estos detalles... Ahora que los veía desde afuera, pensaba en lo incómodo que había sido viajar de esa manera todos los días de su vida. En ese momento, pudo comprender la diferencia y entender lo mal que él había estado (y que estaban todas esas personas) que se habían acostumbrados a esa manera tan triste de vivir. Pensó en todo eso, recordó las caras de algunos compañeros de viaje que realizaban el mismo trayecto junto a él todos los días. Al recordarlos, se dijo nuevamente que al día siguiente por la mañana tomaría ese viejo tren solo para poder contarles de la otra posibilidad que se estaban perdiendo: viajar tan cómodamente como lo estaba haciendo él en ese mismo instante.

Ernesto sonreía y lucía feliz con su nuevo descubrimiento. Mientras continuaba recordando y reflexionando acerca del antiguo tren, bajó la mirada hacia el piso y encontró un libro. Pensó: “Alguien lo ha olvidado al bajar del tren, o lo ha perdido”.

Se preguntó si era correcto tomarlo entre sus manos y, al bajar en la estación, llevárselo al encargado de la empresa o dejarlo en ese mismo lugar por si quien lo había perdido u olvidado volvía a buscarlo.

Ernesto miró a su alrededor para ver si alguien lo estaba observando. Notó que solo viajaban dos personas más en ese vagón y que ambas estaban distraídas pensando y dirigiendo su mirada hacia otro sitio. Al ver que nadie lo observaba,



pensó en levantarlo, ver de qué se trataba y volver a dejarlo en ese mismo lugar donde lo había encontrado.

Su inquietud fue más fuerte. Volvió su mirada hacia el piso donde se encontraba el libro y lo tomó entre sus manos. Cuando sujetó el libro, su vista se nubló por completo. Experimentó un pequeño mareo y fue como si un halo de luz dorada hubiese salido de ese libro. Al tener la vista un poco nublada, no lograba distinguir con claridad la tapa y el nombre. Apoyó el libro sobre sus piernas y se frotó los ojos con las manos. Volvió a mirar la tapa del libro pensando que había enloquecido, o que le sucedía algo extraño, y esta vez su vista se ajustó y recalibró y pudo ver nuevamente con claridad y precisión. El título del libro era: “El tren de la abundancia”. En ese momento algo se activó en él. Leer esas palabras había encendido una nueva conciencia en él. Todos los acontecimientos ocurridos hasta ese momento, todo lo vivido, comenzaban a tomar un nuevo sentido y poco a poco estaba despertando a una nueva realidad.

En ese instante sintió el impulso de abrir el libro y descubrir lo que contenía adentro. Abrió la primera página donde se encontraba el prólogo y leyó:

Muchas veces en la vida los seres humanos buscamos el tren de la abundancia, creemos que ese tren se encuentra alejado de nosotros y solo unos pocos afortunados tienen acceso a él. Olvidamos que ese tren nos pertenece a todos y que merecemos transitar el viaje de la vida subidos a él. El tren de la abundancia esta allí, a tu lado. ¿Aún no lo has podido ver? ¿Aún sigues en el viejo tren de la ignorancia?

Puedes transitar el camino de la vida en cualquiera de los dos trenes, pero ¿cómo hacer para transitarla subidos en el tren de la abundancia?

Manifestando tu intención en el camino y eligiendo tomar el tren que está en la misma estación, en distinta senda, y que todavía no has observado por permanecer anclado con tu conciencia en el viejo tren de la ignorancia.



El autor

Ernesto terminó de leer el prólogo del libro y cuando finalizó, sonrió exclamando:

—¡Esta es mi historia!

En ese momento tuvo sentido todo lo acontecido en ese día. Él había hecho uso de su intención por la mañana al preguntarse por la abundancia. Su pedido hacia los cielos había sido escuchado y su cocreación se estaba revelando poco a poco e iba tomando más claridad. Ernesto tuvo una revelación múltiple en ese instante, muchas cosas vinieron a su mente y pudo comprender conscientemente las circunstancias de su vida, de su infancia, de su presente. Y al comprenderlas, se activó en él una gran alegría que manifestó a través de lágrimas, mientras daba las gracias interiormente por todo lo nuevo que se le revelaba.

Ernesto pasó todo el viaje leyendo ese fabuloso libro que lo nutrió de mucha sabiduría y enseñanzas relacionadas con el tema de la abundancia y, sobre todas las cosas, le mostró lo que en realidad él necesitaba para su vida: un cambio de hábitat. Aprendió que el aspecto más importante para mantenerse en el tren de la abundancia era descubrir aquello que tanto amaba, su servicio en este mundo.

La conciencia de Ernesto realizó un giro de 360° durante el viaje. Ese libro y todo el viaje lo habían convertido en un nuevo ser, con perspectivas diferentes, con nuevos conocimientos que emergían desde el interior de su ser y que no imaginaba que podían existir dentro de él.

Ya se vislumbraba la ciudad a lo lejos, lo cual le anunciaba que estaba muy próximo a llegar. En ese momento pensó que debía apurarse, terminar de leer la última página que le quedaba para poder devolver nuevamente el libro a su dueño, o dejarlo en ese mismo lugar. Antes de terminar de leer el libro, una



inquietud interrumpió la lectura. El leñador pensó que no había mirado en la portada el nombre del autor para saber quién era y al día siguiente comprar un ejemplar que le refrescara sus contenidos.

Volvió su mirada hacia la portada y no encontró ningún nombre más que el título del libro. Lo giró para mirar la contraportada y resultó que tampoco había allí más que una sinopsis de la obra. Le pareció un poco extraño pero, de todas formas, no podía detenerse a pensar demasiado ya que le restaba leer la última parte y el tren ya estaba casi llegando a la ciudad. Pensó que podría conseguir el libro con el título. Continuó leyendo la última página que le quedaba y, al terminar de leer esas líneas, encontró al final un espacio aparte que decía:

Las ventanas de oportunidad están disponibles para todos pero a veces ignoramos esa realidad y no podemos verlas. Están más cerca de los que pensamos. Cuando cambiamos el punto de observación y creemos en lo que soñamos, esas ventanas de abren mágicamente. Si has subido a este tren y has llegado hasta el final de esta página, es porque has encontrado la ventana. Felicidades.

El señor de la ventanilla

Una emoción muy grande corrió por el cuerpo de Ernesto. Recordó a aquel señor tan gentil y paciente de la ventanilla quien lo motivó a creer y le mostró la realidad de ese nuevo tren. No pudo contener las lágrimas de amor hacia aquel hombre y lloró. Expresó también unas palabras de agradecimiento. Su vida había cambiado para siempre, ya no era el mismo. Recordó al viejo leñador que viajaba en el antiguo tren y pudo mirar desde otra perspectiva ese viejo arquetipo que se había formado con los años de su existencia viajando en ese viejo tren. Pudo sentir cómo poco a poco él se desvanecía y desaparecía para siempre de su ser. Todo había cambiado en cuestión de minutos...



El tren anuncio su próxima parada, era la de su hogar. El leñador bajó del tren y llegó a su hogar feliz, en paz y tranquilo con respecto a todo lo que se avecinaba a partir de ese momento. Sabía que nada volvería a ser como antes.

Al día siguiente por la mañana se levantó con muchas ansias de viajar en el viejo tren para contarles a sus compañeros de viaje la nueva realidad que se estaban perdiendo y que se encontraba a la vista de todos. Cuando el leñador llegó a la estación de tren sincrónicamente llegó el nuevo tren que había tomado la noche anterior. Le causó impresión ya que ese momento nunca había sido tan sincronizado. Pensó que debía tomar el nuevo tren y luego, al bajar en la estación del trabajo, iría hacia la plataforma del viejo tren para mostrarles el nuevo a sus compañeros. El leñador llevaba en sus manos una carta de renuncia, se dirigía convencido hacia el que hasta hacía muy poco había sido su empleo. Estaba seguro de que una nueva ventana de oportunidad se abría para su vida y, según lo que había aprendido en el libro la noche anterior, debía encontrar su misión en la vida. Estaba seguro que esta no era su antiguo trabajo de leñador.

El nuevo tren llegó a la estación, el exleñador se bajó y mientras salía a través de la puerta de ese transporte observó que el viejo tren también estaba llegando a la plataforma. Se detuvo a mirar. Las puertas de aquel viejo tren se abrieron y las personas comenzaron a salir apresuradas, pasando por encima unos de otros, mirando hacia una sola dirección, casi nublados con respecto a lo que había a su alrededor. Ernesto pudo distinguir a unos conocidos y amigos que bajaban del viejo tren. En ese momento comenzó a gritarles extendiéndoles las brazos, moviéndolos de un lugar a otro para que lo vieran y así pudiera mostrarles el nuevo tren en el que él estaba ahora. Se desilusionó porque ninguno de sus excompañeros de viaje lo vieron, ni siquiera se detuvieron a observar a su alrededor, pues caminaban anestesiados hacia otra dirección. Aunque Ernesto siguió insistiendo, estirando sus brazos y gritándoles que lo mirasen, no hubo caso. Luego de unos instantes, el exleñador pudo comprender lo que sucedía, recordó que a él le había sucedido lo mismo durante muchos años. Deseó el bien



para sus excompañeros de viaje, las personas que alguna vez habían sido sus amigos en el viejo tren.

Alegre y sonriente llevaba en sus manos su carta de renuncia que decía:

El motivo de mi renuncia se debe a que he decidido ser feliz y transitar mi vida subido al tren de la abundancia.

Ernesto llegó hasta la puerta de la empresa. Curiosamente no había nadie en la entrada para recibir su carta. Vio que allí había un buzón de cartas y luego de unos minutos de esperar a que alguien lo atendiese, decidió dejar su renuncia en el buzón. Se dio media vuelta y se dirigió hacia la estación.

Cuando llegó allí, quiso ir hasta la ventanilla para ver si encontraba al señor de la noche anterior y darle las gracias personalmente por todo lo sucedido. Al acercarse a la ventanilla, se encontró con que había un nuevo empleado. En ese mismo momento el nuevo tren llegaba a la estación por la plataforma. El exleñador caminó hacia ese lugar, miró hacia atrás, hacia la otra plataforma donde llegaba el viejo tren y se dijo interiormente que honraba esa antigua realidad, pero que a partir de ahora caminaba firmemente en esta nueva.

Subió al nuevo tren y pronto estuvo de regreso en su hogar. Había aprendido lo que en muchos años nunca hubiese imaginado. Las circunstancias aparentemente malas de la vida lo habían impulsado a buscar una nueva realidad, a cocrearla y a encontrar lo que tanto ansiaba.

Allí se encontraba este nuevo hombre, lleno de vida, de vitalidad y de sueños, para continuar su viaje en esa vida subido al tren de la abundancia.

El ahora exleñador pasó el resto de su vida sintonizado con ese tren, vivió felizmente y cuando llegó la hora de su cambio de estado, emprendió el viaje de



regreso hacia el velo angelical.

Por Kryon

Canalizado por María José Bayard para el Libro Diario de un Ángel